

B. Llopis.

LA PSICOSIS ÚNICA. ESCRITOS ESCOGIDOS.

Triacastela. Madrid 2003. 340 pgs.

Constituye un acierto de la editorial Triacastela la recuperación para el público de habla española de buena parte de la obra de una de las figuras más destacadas del panorama psiquiátrico español del siglo XX, Bartolomé Llopis Lloret (1905-1966). De él estaban más o menos accesibles, ambos en la editorial Morata, su *Introducción dialéctica a la psicopatología*, libro póstumo que debido a su inesperada muerte dejó inconcluso, y *Sobre la delusión y la paranoia*, publicado en primer lugar en Archivos de Neurobiología -revista que, como es sabido, fundaron Ortega y Gasset, Sacristán y Lafora, estos dos últimos, junto con Sanchís Banús, maestros de Llopis- y que más tarde constituyó el prólogo del texto de E. Bleuler *Afectividad, sugestibilidad, paranoia*, publicado en español en 1969. El resto de la obra de Llopis se hallaba dispersa en revistas, sobre todo en la citada Archivos, y en libros colectivos. La presente edición es responsabilidad de José Lázaro, a quien se debe asimismo un extenso y bien documentado estudio introductorio.

Pienso que la lectura del texto que estamos comentando viene bien, particularmente le viene bien a los integrantes de las nuevas generaciones de psiquiatras, formados en muchos casos sin una orientación teórica definida, siempre bajo el imperio de las sucesivas revisiones del DSM y ajenos por lo tanto a la discusión nosológica a la que se entregó la psiquiatría europea hasta no hace mucho.

El libro recoge trabajos de muy diversa índole. Tras la citada introducción de Lázaro, el volumen consta de dos partes; la primera y fundamental, pues contiene las aportaciones más originales de Llopis, se titula *El concepto de psicosis única*; la segunda, titulada *Otros escritos psiquiátricos*, es una miscelánea. Pero si bien en esta segunda parte existen trabajos que aún hoy día pueden suscitar interés, como por ejemplo el titulado *Sobre las reacciones paranoides de los sordos*, que fue su primera publicación, de 1933, o este otro, titulado *El delirio de infidelidad conyugal múltiple*, de 1948, modalidad peculiar de delirium tremens descrita por Llopis, es en la primera parte, como he dicho, donde se hallan las aportaciones más originales, fundamentalmente aquella en la que se expone la tesis de la psicosis única.

Básicamente expuesta, esta tesis consiste en lo siguiente. Como es sabido, en la práctica clínica rara vez encontramos cuadros «puros» de las entidades clínicas que se recogen en las distintas clasificaciones al uso, sino que lo más usual es que un mismo paciente ostente síntomas correspondientes a diferentes entidades o, también, que un cuadro clínico evolucione adquiriendo las características de otro distinto. Esto fue ya visto por Pinel en 1801, quien en su *Tratado médico-filosófico de la enagenación mental o manía* dice: «Por lo general las diversas especies de enagenación



no son siempre invariablemente las mismas, quiero decir, que una enagenación, cuya especie se ha determinado ya, puede transformarse en otra durante el curso de la vida, de suerte que se haya de colocar en otra especie diferente: así es que hay melancólicos que se vuelven locos, y locos que caen en la demencia ó el idiotismo; y algunas veces, aunque es muy raro, hay idiotas que por una causa accidental vuelven á caer en un acceso pasagero de manía después de recobrar enteramente el uso de la razón.» (Madrid. Nieva, 1988: 164. Traducción de Luis Guarnerio y Allavena, de 1804). Este hecho, que todos los que nos dedicamos a la clínica hemos podido constatar, para Llopis podría deberse a que las distintas enfermedades mentales no serían más que manifestaciones o fases de un único trastorno fundamental, al que denomina «síndrome axil común a todas las psicosis»; de este modo, las distintas psicosis no serían más que síndromes diferentes, aunque con transiciones entre ellos, todos inespecíficos con respecto a no importan cuáles sean las causas que los provoquen.

El trabajo seminal de Llopis, que dio lugar su teoría de la psicosis única, es el titulado *La psicosis pelagrosa, la psicopatología general y la nosología psiquiátrica*, de 1940. El denominado «síndrome axil común a todas las psicosis» fue observado en el estudio de 118 casos de pelagra que atendió durante la guerra civil española: «Los distintos estados psíquicos no se presentan en la pelagra de un modo arbitrario, sin conexión recíproca, sino que se pasa por transiciones insensibles de unos a otros en un orden determinado, que corresponde a la mayor o menor gravedad del proceso. En los casos leves durante todo el curso y en los más graves al comienzo o en momentos de mejoría, se observan estados psíquicos neurasténicos. A mayores grados en la intensidad del proceso corresponden, sucesivamente, estados maníacos o depresivos, estados esquizofrénicos, estados de enturbiamiento onírico de la conciencia y, finalmente, estados de obnubilación profunda. Vemos, pues, que no sólo son esencialmente inespecíficos todos los estados psíquicos, sean endógenos o exógenos, sino que existen entre ellos transiciones insensibles, cuantitativas, en relación con la gravedad del proceso causal.» (p. 56). Es decir, los diferentes cuadros psicóticos no serían más que fases distintas en el curso de un solo trastorno fundamental. Pero el trabajo *princeps* sobre el tema es el titulado *La psicosis única*, de 1954, en el que Llopis da respuesta a la siguiente pregunta: «...los síntomas psíquicos, ¿son producidos y configurados, en cada caso, por la causa patogénica correspondiente o no representan más que posibilidades de reacción preexistentes, que pueden ponerse de manifiesto por las causas más diversas?». Y añade: Esta cuestión ha sido y sigue siendo el problema crucial de la psiquiatría». (p. 85).

Las tesis sobre la psicosis única son por lo tanto contrapuestas a las tesis nosológicas, iniciadas por Kahlbaum y desarrolladas por Kraepelin. Para Kraepelin, el establecimiento de una entidad nosológica exige que a una etiología le corresponda una sintomatología, un curso siempre igual, una forma de final y una anatomía patológica; en resumen, para cada etiología, un síndrome específico. Este postulado,

al que el mismo Kraepelin renunció al final de su vida, fue pronto cuestionado por Bonhoeffer con sus «tipos de reacción exógena», esto es, el síndrome confusional o delirium, que mostró la monotonía de la respuesta del cerebro ante no importa qué agentes patógenos actúen de forma aguda sobre él.

Su tesis sobre la psicosis única obligó a Llopis a revisar muchos de los conceptos de la psicopatología. (Es lo que pretendió con su Introducción dialéctica a la psicopatología que, como hemos dicho, dejó sin terminar). Así, por ejemplo, el concepto de psicosis es para él sinónimo de «cuadro psíquico patológico», o sea, debido a una enfermedad orgánica. Todas las «psicosis» serían por lo tanto sintomáticas de una enfermedad cerebral, en muchos casos todavía desconocida. En esto se muestra Llopis claramente biologicista, aceptando el axioma de Griesinger «Las enfermedades mentales son enfermedades del cerebro».

El síndrome axil común a todas las psicosis estaría determinado por un trastorno de la conciencia, entendiendo por tal la «capacidad de conocer», esto es, de discriminar. Todo acto psíquico es (implica) un acto de conocimiento, constituyendo la conciencia y la actividad psíquica una misma cosa. Llopis destaca dos tipos de síndromes: los síndromes del estado o del nivel de la conciencia y los síndromes del contenido de la conciencia; solo los primeros constituyen una perturbación de la actividad psíquica, suponiendo los segundos únicamente una configuración patoplástica de los primeros.

A cada grado de enturbiamiento de la conciencia le correspondería un cuadro diferente del síndrome axil: «El síndrome axil no es, en definitiva, más que la suma en el tiempo de estos síndromes parciales.» (p. 64). Esta concepción nos recuerda la de H. Ey sobre las enfermedades mentales agudas, que para este autor son producto de la desestructuración del campo de la conciencia (las crónicas constituirían un trastorno de la personalidad). Asimismo, coincide con las tesis de E. Bleuler sobre el trastorno elemental de la esquizofrenia, consistente en una «disminución de la tensión asociativa». Acerca de esta cuestión Llopis replica: «Esto me parece exacto, pero no solo para la esquizofrenia, sino para toda perturbación psíquica. La claridad de la conciencia, la capacidad de conocer, depende fundamentalmente de la aptitud para integrar en una vivencia el mayor número posible de asociaciones (...) El descenso del nivel de la conciencia, que yo considero como síndrome axil común a todas las psicosis, no sería, en definitiva, otra cosa que la disminución cada vez mayor de la tensión asociativa o, si se quiere hablar como Pierre Janet, de la 'tensión psicológica'». (p. 200. Subr. en el texto).

Todos los trabajos recogidos en el texto que estamos comentando contienen pasajes sugerentes. Por citar algún otro, transcribiré éste acerca de la génesis del delirio -delusión en la terminología de Llopis, para diferenciarlo del término delirio, que correspondería al delirium-, tomado del trabajo titulado Sobre la delusión y la paranoia: «Es preciso que se añada un trastorno de la actividad psíquica, del estado



de la conciencia, es decir, en esencia, de la capacidad de diferenciar, para que, confundiendo lo interno y lo externo al yo, lo imaginativo y lo real, vivan los pacientes aquellas representaciones como si fueran interpretaciones objetivas de la realidad externa.» (p. 208. Subr. en el texto).

La tesis de la psicosis única ha ofrecido numerosas variantes a lo largo de la historia de la psiquiatría. Para los interesados en el tema, aparte del estudio introductorio ya citado de J. Lázaro, que aporta además una cuantiosa bibliografía, y del asimismo citado trabajo de Llopis sobre el tema, debe leerse el capítulo dos de la primera parte de *Introducción dialéctica a la psicopatología*, también de Llopis, y, en este mismo volumen, el excelente capítulo de L. Valenciano titulado La psicosis única en la actualidad. Sobre los postulados contrarios a los de la psicosis única, los nosológicos, sugiero leer, de C. Castilla del Pino, El punto de vista clínico en la sistemática psiquiátrica actual: Teoría nosológica, en *Cuarenta años de psiquiatría* (Madrid. Alianza, 1987), publicado originalmente en 1954, en las Actas del IV Congreso Nacional de la Asociación Española de Neuropsiquiatría.

A. Díez Patricio
Córdoba

Montiel, Luis y Gonzalez De Pablo, Ángel (coords.)

EN NINGÚN LUGAR, EN PARTE ALGUNA.

Estudios sobre la historia del magnetismo animal y del hipnotismo.

Frenia S. C. Madrid, 2003 (324 páginas)

Lo primero que llama la atención del lector es el título de esta interesante obra -EN NINGÚN LUGAR, EN PARTE ALGUNA-. Sus autores ponen de manifiesto así la marginalidad y el olvido a los que han sido sometidos el magnetismo animal y el hipnotismo; al mismo tiempo, reivindican el reconocimiento de otra concepción de la medicina que debería ocupar un lugar importante en la historia de la psicología y de la psiquiatría.

El magnetismo animal, descubierto por el médico vienés Franz Antón Mesmer (1734-1815), es un método curativo que intenta extraer del individuo aspectos escondidos de su sufrimiento, difícilmente captables por las terapias tradicionales. La relevancia del magnetismo animal y del hipnotismo reside fundamentalmente en el descubrimiento del «inconsciente» y de la «palabra» como elementos decisivos en la psicoterapia, que se convierte en un proceso de curación en el que la relación entre paciente y médico resulta vital; el enfermo es considerado como un ser único, no intercambiable.

En 1779, Mesmer introdujo en Francia el magnetismo animal a través de su obra *Mémoire sur la découverte du magnétisme animal* en la que resumía los principios teóricos y las aplicaciones terapéuticas de su método. Defendió la existencia de un fluido magnético universal que podía ser movilizad hacia el cuerpo de los seres humanos; su éxito fue indiscutible pero no consiguió la aprobación de las instituciones oficiales y su sistema fue desacreditándose paulatinamente.

El marqués de Puysegur (1751-1825) desarrolló el magnetismo de Mesmer descubriendo el sonambulismo artificial o sueño magnético; se trata de una forma de hipnosis bastante completa que se extendió por toda Europa a finales del siglo XVIII, sobre todo por Francia y Alemania.

El conocido neurólogo francés Charcot (1825-1893) se centró en la investigación de los fenómenos de la sugestión y de la hipnosis en los que veía un elemento físico, un determinismo somático; él mismo inició a Freud en el conocimiento de estas materias. El magnetismo animal y el hipnotismo precedieron y prepararon el psicoanálisis de Freud, que tradujo y prologó conocidas obras de Charcot y Berheim; asimismo, recomendó y utilizó la sugestión hipnótica desde el año 1887. Sin embargo, más adelante, él mismo llegaría a distanciarse de las influencias anteriores.

En este recorrido por la historia del magnetismo animal y del hipnotismo, hay también claros testimonios del gran triunfo que consiguieron estas psicoterapias en el Romanticismo, movimiento con el que compartían el sentido de la libertad y la



concepción del ser humano como algo singular; del mismo modo, es evidente su influencia en la medicina española del siglo XIX en la que despertó gran interés, siendo exponentes del mismo Ramón y Cajal y Juan Giné. Sin embargo, hay un notorio declive del hipnotismo médico y psicológico en nuestro país en la primera mitad del siglo XX, cuyas causas están minuciosamente analizadas en el capítulo de González de Pablo «El hipnotismo en la España del primer tercio del siglo XX».

Por otra parte, queremos resaltar que el libro que nos ocupa resulta muy atractivo por los testimonios tan sugerentes y peculiares que presenta y que responden a la originalidad misma del magnetismo animal. Nos referimos tanto al relato de la terapia magnética del doctor Klein, acaecida en el Romanticismo alemán, como a la variada crónica de sucesos de magnetizadores. Entre ellos, cabe destacar el proceso judicial de Mme. Frigard, recogido en «Le Figaro» del 14 de agosto de 1867. Asimismo, también despierta nuestra curiosidad el copioso y detallado número de ejemplos en los que se relaciona el magnetismo animal y el hipnotismo con la literatura y el cine, como los relatos publicados por Edgar Allan Poe en 1884 con el título «Revelación mesmérica» o la película de Woody Allen «La maldición del escorpión de Jade» en donde se trata el tema de la hipnosis.

Es importante subrayar que los autores de esta obra no sólo han querido rescatar al magnetismo animal y al hipnotismo de su inmerecido lugar, sino que nos recuerdan que desde 1958 existe un resurgimiento de la hipnosis en España gracias a la iniciativa de la cátedra de psiquiatría de la Facultad de Medicina de Barcelona; su labor propició que en 1960 el médico colombiano Alfonso Caycedo, miembro de la cátedra de psiquiatría de la Universidad Complutense, fundara la sociedad española de hipnosis clínica y experimental, iniciando una nueva y esperanzadora etapa.

Finalmente, reflexionemos, haciéndonos la misma pregunta que se hace Jean Pierre Peter en el capítulo titulado «Lo que los magnetizadores nos han enseñado»: ¿Qué es, pues, en verdad, esta experiencia singular, qué este otro dispositivo de sí mismo que reajusta la conciencia y la identidad sobre un plano diferente de la norma admitida, que modifica el funcionamiento del cuerpo y lleva consigo una relación con el otro completamente nueva, más directa, que actúa más en reciprocidad, pasando por otros planos? Y todo esto, ¿qué lo provoca? ¿El azar (enfermedad, accidente), la afectividad (deseo, fascinación), la voluntad (sugestión, autosugestión), la disciplina (ejercicios, ritos), la fe (mística)? ¿Cuál es, para terminar, la relación de todo esto con lo religioso?».

Ana Salinas Moya
Córdoba

Sintes Raúl

POR AMOR AL ARTE

Entre el Teatro Espontáneo y la Multiplicación Dramática, Buenos Aires
México, Lumen, 2002. (P. 170)

Definir un libro como murga, ya es un avance de humor en los tiempos que corren. La foto de la portada con el autor y la compañía disfrazados es un preludio de lo que se va a encontrar.

Nacido desde la amplitud de miras que representan los encuentros iberoamericanos, e hijo de su tiempo, donde cada vez se utilizan más las comunicaciones por Internet, es un libro coral, caótico al inicio, como todo caldeamiento grupal, que muestra el nacimiento del Teatro Espontáneo (TE) en Uruguay, para extenderse a las preocupaciones de la humanidad.

Preñado de una visión actualizada y revisada del freudomarxismo, no desdeña ir a las raíces morenianas del teatro y a los movimientos teatrales más innovadores del siglo XX.

El Teatro Espontáneo es un locus creativo que desde la escena representada se extiende a las de los participantes y a las de la sociedad. Nada mejor que las adicciones ó entrega a una sustancias ó las a-dicciones, forzada etimología de lo no dicho y si consumido, ó a la negación de las dos.

TE y Psicodrama, que fue una deriva del primero, son comentados a la luz de Moisés Aguiar, promotor brasileño del primero y autor de un magnífico libro al respecto.

Sobre la Escena, resulta muy estimulante la comparación con la pintura medieval, recuerdo yo los Beatos, donde los personajes forman una unión con un mundo estructurado en colores planos desde lo terrenal a lo celestial, pero son parte del mundo, y el Renacimiento, donde la perspectiva dibuja primero el espacio e inserta en ellos los personajes, siendo el espectador un ente ajeno. Metáfora crítica a la separación Cuerpo/Mente, o Observador/Observado que persiste obstinadamente en los criterios científicos actuales. La borradura entre actores y público es lo que separa el TE del Teatro, ya que en el segundo el público mira la teoría que los actores representan, siendo ambos ajenos a la creación.

Pasar del TE a la psicoterapia como Obra Abierta es un avance en consonancia con las actuales corrientes psicoterapéuticas, donde el terapeuta muestra los cauces del agua de la montaña y es el agua la que elige por donde correr.

Las comunicaciones por Internet comienzan por una poesía, para reflexionar sobre la alegría, que induce a la acción, y la tristeza que detiene ó paraliza, según Spinoza en las lúcidas palabras de Unzaga.

Recoge la Multiplicación Dramática de Frydlewsky, Kesselman y Pavlovsky, que en su proceso creativo es propia del TE y que el autor continúa después de la dramatización para ampliarla con sus múltiples sentidos.

Acaba Dotta con un capítulo dedicado a Psicodrama y Literatura., que es atravesado por el TE y el Carnaval.

Es preciso leer el libro como un Carnaval, esbozar sonrisas con lo que resuena, ponerse la máscara y actuar. Entrar en el caos, sin dejar de disfrutar. Más que un libro al uso, es un calidoscopio de pensamientos y sentimientos, que cuando te atrapan no dejas hasta haber llegado al final. Cuando acabas, deseas volver a empezar.

José Antonio Espina Barrio

NOTA DE PRENSA

LA CARA OCULTA DE SALVADOR DALÍ

Luis-Salvador López Herrero

A lo largo de este año en que se conmemora el centenario del nacimiento de Salvador Dalí, mucho se va a hablar acerca de este personaje tan controvertido. Su biografía, sus anécdotas más carismáticas, su histrionismo o sus comportamientos y relaciones sociales paradójicas van a ir configurando todo un marco desde donde se abordará la imagen más conocida y espectacular de Dalí. Sin embargo, ¿cabén otras opciones?, se pregunta acertadamente el médico y psicoanalista López Herrero.

En este sentido, *La cara oculta de Salvador Dalí* no es un escrito más acerca de este personaje singular que cautivó a todo un siglo sediento de mitos, sino que es éste un trabajo peculiar, diferente y, en cierta forma, novedoso. Su singularidad radica en tratar de construir, a través de las palabras y de los textos dalinianos más relevantes -entre otros, *El mito trágico del «Ángelus»* de Millet y *Vida Secreta de Salvador Dalí*-, la lógica de un personaje -el divino Dalí- que, con su conducta hechizante, nos obligó a preguntarnos qué se ocultaba tras su máscara megalomaniaca, qué encubría ese comportamiento tildado, en ocasiones, de cínico, cuál era, en verdad, el rostro oculto de Dalí.

Ahora bien: aun cuando el motivo central del estudio es la captura de la lógica del personaje daliniano para asentar así, de manera transparente, que Dalí, en verdad, era un loco que no lo estuvo más que en momentos muy concretos de su vida -como él mismo muy bien se encargó de señalar¹, el libro también persigue de manera insistente otros puntos de interés. De esta forma, el texto nos muestra diferentes aperturas o líneas de trabajo que invitan a pensar, claramente, la relación, por un lado, entre el psicoanálisis y el surrealismo a principios de siglo, así como la influencia que el autor detecta entre ambos movimientos a través del encuentro de tres de sus figuras estelares: Freud, Dalí y Lacan. No hay que olvidar que, si bien siempre se había reconocido la necesidad que el movimiento surrealista había tenido del psicoanálisis para su desarrollo inicial, permanecía, sin embargo, demasiado escondida la influencia que el propio movimiento surrealista y sus poetas admirados (Rimbaud, entre otros) habían ejercido en el desarrollo de este movimiento psicoanalítico que pretende sistemáticamente desubicar a la conciencia (al yo) de su papel estelar en el campo de la conducta humana. En este sentido, tal como señala López Herrero, los surrealistas, siguiendo fielmente los primeros textos de Freud, servirán de antorcha y

1. Recordemos su conocida frase: «La única diferencia entre un loco y yo es que yo no estoy loco». Si esta era la única diferencia, entonces en qué radicaba el punto de similitud con la locura. Sin duda, Dalí era un loco que se resguardo muy bien para no estarlo, gracias a la creatividad de su método paranoico-crítico, así como a esa función de sostén ejercida por Gala, y también a la construcción de su personaje: el divino Dalí.

guiarán el futuro devenir lacaniano: «el inconsciente está estructurado como un lenguaje».

Es, precisamente, esta influencia inicial entre ambos movimientos, lo que permite que su autor persiga ahora, a través del método paranoico-crítico de Dalí, los puntos de conexión y el enriquecimiento surgido entre el surrealismo y el psicoanálisis. El encuentro de Dalí con Lacan, a propósito de la tesis doctoral de éste acerca de la paranoia, y el método paranoico crítico daliniano como elemento creativo y estabilizador de su locura, dará pie en el texto a todo un hipotético viaje de encuentros e influencias entre ambos autores. Sin embargo, y a pesar de mostrar todos estos puntos de influencia teórica y práctica entre ellos, López Herrero no persevera en su intento de revelarnos el rostro oculto de Dalí bajo el espectro del hermano muerto. El capítulo dedicado al Otro Dalí es un intento por señalar las consecuencias de su nacimiento especial -nueve meses después del fallecimiento del hermano- y de la inscripción de un nombre -Salvador- que vela tanto la tragedia familiar -el abuelo paranoico que se suicidó- como el nombre de su hermano muerto. Y es que «un nombre es siempre una elección del Otro; es un significante que viene del Otro, de ese Otro que preexiste al sujeto. Ahora bien: es necesario plantear que este nombre que espera la llegada del futuro niño, no es escogido por azar, sino que remite a un deseo inconsciente. ¿Qué deseo estaba en juego en los padres, y concretamente, en la madre en esa elección?».

No obstante, el libro no sólo interroga las coordenadas subjetivas que esperaban a Dalí a su llegada al mundo, sino que también responde, desde una concepción psicoanalítica, esa peculiar salida megalomaniaca que Dalí tendrá que ejercitar «inconscientemente» para tratar de salvarse del enigma de una locura que sistemáticamente le acecha. Y, evidentemente, así hay que entender, como tempranamente intuyó André Breton, la aplicación del método paranoico-crítico a lo largo de su trabajo acerca del Ángelus de Millet. De esta forma, y siguiendo fielmente el propio texto daliniano, el médico y psicoanalista López Herrero nos muestra a continuación, de manera rigurosa, la influencia oculta que ejerció en Dalí la obra de Freud, a través de su conocido ensayo Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci, así como también ese carácter propiamente innovador que el propio trabajo daliniano promueve. Porque, ¿qué sentido encierra, a la luz del texto de Dalí, ese aparente encuentro apacible y bucólico de campesinos en el albor del amanecer? ¿Cómo fundamentar esa percepción trágica alucinatoria², acerca del Ángelus, que Dalí va a insistir en revelarnos a lo largo del texto? El lienzo del Ángelus nos revela, bajo la aparente imagen insípida y estereotipada de campesinos, «la variante maternal del mito inmenso y atroz de Saturno, de Abraham, del Padre eterno con Jesucristo y del mismo Guillermo Tell devorando a sus propios hijos».

2. La madre que devora a su propio hijo.

Ahora bien: si Dalí nos ha ofrecido su versión del mito trágico de Millet, que para él encubre claramente las inquietudes del propio pintor bucólico realista, lo que «desconoce», en verdad, es que, bajo su intuición y certeza, de quien verdaderamente nos ha estado hablando todo el tiempo es de él mismo. Y éste es, al hilo del propio texto daliniano, el trabajo interpretativo que realiza el médico y psicoanalista afincado en León.

Finalmente, y a lo largo de la última parte de su libro -El personaje daliniano-, el autor profundiza y resignifica, definitivamente, lo ya señalado a lo largo del texto, a través de la configuración de ese marco estructural que define lo más íntimo de nuestro pintor Salvador Dalí: la psicosis. Es decir, ¿por qué Dalí era un loco?, ¿cuándo se desencadenó?, ¿cómo llegó a estabilizarse?, ¿qué función tuvo Gala, en su vida y en su obra? Son preguntas que su autor nos irá desvelando a partir del relato de uno de los textos más esenciales de la obra daliniana: Vida secreta de Salvador Dalí.

Para concluir, y a modo de reflexión, López Herrero se adentra en el drama final daliniano. «La vida es siempre un misterio difícil de descifrar. El enloquecimiento tardío de Dalí, a través de un estado de estupor melancólico, así como su soledad y el aislamiento final al que fue condenado, no fueron más que el encuentro con una verdad aplazada que hizo acto de presencia cuando el telón ficticio de voces e imágenes que le habían arropado a lo largo de su vida cayó definitivamente. Si Dalí vivió combatiendo el acecho de la locura, ésta asomó funestamente su rostro oculto una vez que Gala, su método, su obra y el personaje que había creado -y que tanto había mimado- desaparecieron de la escena».

Nos encontramos, así, ante un trabajo metódico, riguroso y novedoso en la manera de abordar el enigma daliniano, cuyas fuentes hay que buscar, como muy bien nos indica su propio autor, en una serie de encuentros acontecidos con el pintor y Gala, durante el verano del 78. «Este trabajo de interpretación acerca de la cara oculta de Salvador Dalí y su conexión enriquecedora con el psicoanálisis es, en buena medida, resultado de mi aventura surrealista; de mis encuentros con Dalí y Gala, y de mi experiencia psicoanalítica».